

**Eduardo Mendoza**

Transbordo en Moscú



Marido ejemplar de día. Agente secreto de noche. Vuelve Rufo Batalla.

Las aventuras de Rufo Batalla parecen encaminarse al remansamiento cuando contrae matrimonio con una rica heredera, pero no consigue olvidar al príncipe Tukuulo y a su exquisita esposa. La agitada transición política española ha dado paso a una prosperidad económica que parece destinada a no tener fin. Mientras, la caída del muro de Berlín culmina un proceso de transformación que presagia el descalabro de la URSS, y de repente lo que parecía una locura, la conquista del reino de Livonia, se vuelve posible.

Siempre por razones ajenas a su voluntad, Rufo Batalla viaja a Londres, Nueva York, Viena o Moscú y se enfrenta a situaciones insólitas, obligado a desempeñar papeles que nunca habría elegido. Pero cuando descubre que el servicio de inteligencia soviético anda tras el príncipe, Rufo se dará cuenta de que la vida familiar y la de agente secreto no son fáciles de compaginar.

Asiste el lector a los fenómenos sociales de la etapa final del siglo XX a través de la impagable mirada de un Rufo Batalla dividido entre una plácida existencia y su compromiso con el pretendiente a un trono de opereta. Nada de cuanto le sucede, sin embargo, le hace perder la compostura. El fin de siglo presagia cambios irreversibles, pero siempre quedarán algunas certezas: la fe en la razón, el arte y la prosa chispeante y aguda del gran narrador Eduardo Mendoza.

La primera ley del movimiento de Newton es la de la inercia; la segunda es la de la dinámica. La tercera ley es la del movimiento propiamente dicho, y se formula del siguiente modo: cuando un cuerpo ejerce una fuerza sobre otro, este ejerce sobre el primero una fuerza igual y de sentido opuesto.

*It was the age of wisdom, it was the age of foolishness, it was the epoch of belief, it was the epoch of incredulity.*

Barcelona (de nuestros enviados especiales)

PREGUNTA. —*Dentro de unos días vas a contraer matrimonio. ¿Qué significa para ti este acontecimiento?*

RESPUESTA. —*Bueno, veré, esta boda, como todas las bodas, es importante para los contrayentes, para sus allegados y para nadie más. Desde el punto de vista social, tiene la importancia que el público y los medios de difusión le quieran dar. Ustedes se mostraron interesados y aquí estoy yo, a su entera disposición.*

Yo quería casarme del modo más discreto posible, en el registro civil, con dos testigos y media docena de familiares. Al final nos acabó casando el obispo en Pedralbes, con la iglesia abarrotada, y luego hubo un bodorrio con más de trescientos invitados. Naturalmente, habría podido oponerme, pero a la hora de la verdad, como de costumbre, me faltaron valor, energía y argumentos de peso. En el fondo, Carol estaba de acuerdo conmigo, pero los dos éramos conscientes de que, si queríamos seguir disfrutando de la fortuna familiar y sus consiguientes privilegios sociales, no había más remedio que transigir en las formas. En el último momento, para salvar un ápice de dignidad, decidí elegir la música que había de acompañar la ceremonia. A regañadientes me dejaron hacer alguna propuesta, pero cuando oyeron un fragmento de la *Missa in tempore belli* de Haydn se quedaron horrorizados. Mi suegra dijo que aquella música era propia de un funeral y me preguntó si unos compases lúgubres reflejaban mi estado de ánimo. La tranquilicé al respecto, retiré la propuesta, acepté la repelente *Marcha*

*Nupcial* de Mendelssohn y no me opuse a que animara la fiesta Gato Pérez.

Mi futura suegra estaba tan preocupada por mí como por su hija. Llevada de su extraña actitud ante la vida, Carol había encargado a Pedro Rodríguez un vestido de novia que resaltaba su embarazo. Después de mucho rogar, de apelar a todo tipo de sentimientos y de hacer algunos puchereros, la pobre mujer consiguió que su hija llevara un vestido blanco con pliegues y perifollos que disimulaban su estado, aunque a aquellas alturas ningún invitado ignoraba las razones de un enlace tan precipitado y, desde el punto de vista de la novia, tan poco conveniente.

Como ocurre en los círculos cerrados de las sociedades pequeñas, el empeño en guardar un secreto dio pábulo a habladurías de todo tipo y la prensa no tardó en interesarse por un acontecimiento de todo punto intrascendente pero que estaba en boca de todos. Como de los protagonistas del suceso yo debía de parecerles el más vulnerable, un par de periodistas me pidieron que les concediera una entrevista una semana antes de la boda.

De buena gana los habría enviado a paseo y seguramente en aquella ocasión mis futuros suegros, que no rehuían la ostentación pero consideraban ruin el chismorre, habrían aprobado mi actitud, pero, después de dar muchas vueltas al asunto, me dejé influir por el recuerdo de una situación similar y accedí a ser entrevistado.

Años atrás, recién acabados mis estudios, conseguí, más por enchufe que por méritos propios, un trabajo de ínfima categoría en un periódico de Barcelona. Al cabo de unos meses, por una mezcla de azar y negligencia, me enviaron a Mallorca a cubrir la boda de un príncipe llamado Tadeusz Maria Clementij Tukuulo, presunto heredero y pretendiente al trono de Livonia, con una señorita de la alta sociedad inglesa que, de casada, adoptó el nombre de Queen Isabella. De una serie de casualidades y equívocos surgió entre mi persona y aquellos pintorescos personajes una relación

que marcó mi vida. Hacía tiempo que había perdido contacto con aquellos dos inofensivos simuladores y la sensatez me aconsejaba seguir manteniéndome alejado de ellos y de sus ilusorios proyectos, pero no conseguía sustraerme a su recuerdo e incluso albergaba dudas sobre lo irrealizable de sus pretensiones, porque en aquellos años el colosal edificio soviético empezaba a dar muestras de agotamiento e inestabilidad y todo podía pasar en aquella parte del mundo.

Y si bien en vísperas de mi boda el declive de la URSS y sus adláteres estaba muy alejado de mis preocupaciones, me dejé llevar por una solidaridad malentendida y concedí una entrevista a unos reporteros jóvenes y animosos. Solo cuando estuvimos frente a frente comprendí que los tiempos habían cambiado y también los modales de la gente.

PREGUNTA. —*¿Eres consciente de que con este matrimonio pasas a formar parte de la clase capitalista y opresora?*

RESPUESTA. —*Yo me caso con una persona, no con una clase social. Y no creo que mi enlace incida mucho en la justa redistribución de la riqueza.*

La hostilidad por parte del entrevistador habría sido inimaginable en mi breve etapa de corresponsal, pero ahora una nueva generación de periodistas consideraba una exigencia deontológica acosar al entrevistado hasta hacerle perder la compostura e inducirle a mostrar su falsedad y sus ignominiosas intenciones. No era a mí a quien iban a pillar con aquellas triquiñuelas, pero en su burda acusación había una buena parte de verdad.

Unos meses atrás, por pura veleidad, me había visto envuelto en un idilio veraniego con la novia de un amigo de mi hermana. Antes de que las cosas se complicaran quise poner fin a nuestra relación, pero ya era tarde: ella estaba embarazada y decidimos casarnos con la misma ligereza y la misma precipitación con la que habíamos iniciado la

aventura. Aunque algo me barruntaba, en la primera etapa de nuestros amoríos, yo no sabía que Carol era hija única y por consiguiente heredera de una de las primeras fortunas de Cataluña. Con aquella boda inesperada, mis acuciantes problemas económicos quedaban resueltos definitivamente, aunque con semejantes premisas, no era de extrañar que el estrecho círculo de la alta burguesía de Barcelona me considerara un cazadotes desaprensivo. Lo raro era que no pensarán del mismo modo los padres de Carol.

El padre de Carol se llamaba Víctor Escolá y Perrerías. No provenía de la ilustre estirpe de indianos que en el siglo XIX había creado de la nada la potente industria catalana con su visión de futuro, su inquebrantable tenacidad y sus pistoleros, pero tampoco pertenecía al grupo de los traficantes que en los tiempos de sumisión y carestía había medrado a la sombra del franquismo. Según él mismo me explicó el día en que Carol nos presentó, la fortuna de la familia había empezado con su padre, el cual, en los albores del siglo XX, había llegado a Barcelona desde la Cataluña boscosa que se extiende por las estribaciones del Pirineo y fundado una empresa de transporte de alimentos. Más tarde la empresa se había ampliado a la industria conservera y, a través de contratos, participaciones y fusiones, a otras actividades del mismo ramo o de otros ramos. Cuando el padre de Carol advirtió que yo me perdía en los entresijos de la trama mercantil y que no pensaba hacer ningún esfuerzo por desentrañarlos, sintió un alivio involuntario. Más tarde supe que años antes el padre de Carol había tenido que arrebatar las riendas de la empresa de manos de su propio padre, cuya capacidad estaba muy menguada, pero se resistía a ceder un ápice de poder sobre el emporio que él había levantado de la nada. El relevo se había hecho a costa de una batalla encarnizada y cruel, ya que al final unos y otros recurrieron a métodos expeditivos, y el padre de Carol, aun convencido de lo razonable de sus motivos, había salido de aquel enfrentamiento muy afectado y, con

el paso del tiempo, había desarrollado un sombrío temor a recibir el mismo trato de manos de su posible sucesor. No sentía el menor recelo hacia su propia hija, que, aparte de ser mujer, carecía de la necesaria formación y desde pequeña había mostrado una indiferencia rayana en la aversión por el mundo de los negocios, pero sí hacia Baltasar Ortiguella, un joven empresario con el que Carol se iba a casar cuando mi abrupta intervención les obligó a romper el compromiso. Y como era evidente que de mí no había nada que temer, porque yo carecía de ambición, de empuje y de talento, me acogió con una simpatía nacida de la gratitud. Él me dejaría ser un parásito y yo le daría tiempo para envejecer en su trono y esperar tranquilamente a que el nieto que estaba en camino garantizara la continuidad de la saga.

Mi hermana Anamari no ocultaba su animadversión hacia aquel beatífico estado de cosas.

—Cuando Carol herede el emporio seréis la tercera generación y tendréis una grave responsabilidad sobre los hombros.

Se refería a la máxima, denigratoria del talento empresarial catalán, según la cual el abuelo funda una empresa, el hijo la engrandece y el nieto la lleva a la ruina.

Carol discrepaba de aquel pronóstico fatalista.

—No hagas caso. Lo dicen para desprestigiarnos. Los empresarios catalanes son incompetentes o irresponsables, pero casi nunca las dos cosas a la vez. Y solo se produce la hecatombe cuando coinciden las dos cualidades.

A Carol el mundo de los negocios le traía sin cuidado, pero había vivido inmersa en él desde la cuna y lo conocía mejor que los analistas formados en las aulas y los simposios.

La malevolencia de Anamari no carecía de justificación. Baltasar Ortiguella era un buen amigo suyo y ahora ella se encontraba en una posición incómoda de la que, en su opinión, yo era el culpable y Baltasar Ortiguella la víctima. Pe-

ro como era mi hermana, se veía obligada a ponerse de mi lado.

Carol no daba importancia al posible enfado de su antiguo novio.

—Bollo es así. Ya se le pasará. Nunca le han faltado las amiguitas. Dentro de poco se casará con alguna y será más feliz de lo que habría sido conmigo.

La propia Carol me contó que un hermano dos años menor que Bollo había nacido con una grave deficiencia mental. Desde entonces su madre había consagrado su vida al cuidado de aquel hijo y, sin proponérselo, había privado a Bollo de la dedicación y el afecto maternal que este necesitaba. Tan obsesionada estaba con el hijo discapacitado que, en su afán por negar la evidencia, trataba a Bollo como si su inteligencia fuera una discapacidad. Con los años, Bollo había desarrollado un carácter difícil, tenía un serio problema con la bebida y reclamaba de Carol las atenciones que su propia madre le había negado. Carol y Bollo se conocían de niños y su futura unión se daba por hecha, no solo en ambas familias, sino en los círculos de la alta burguesía de Barcelona, como si fuera un matrimonio dinástico. Carol se dio cuenta de que no quería a Bollo por esposo y, para romper con lo que consideraba una imposición sin enfrentarse a las dos familias, se fue de España con el pretexto de perfeccionar su inglés y adquirir una pátina cosmopolita. Pasó un año en Los Ángeles y un buen día, decidida a hacer algo útil en su vida, se fue a trabajar como cooperante a un hospital de Haití. Allí permaneció tres años, tuvo un idilio apasionado con un médico haitiano, se quedó embarazada, volvió a Los Ángeles a abortar, consideró que ya había adquirido suficiente conocimiento del mundo y regresó a Barcelona. Confiaba en que durante aquel prolongado paréntesis Bollo se habría hartado de esperar y habría encontrado otra pareja, pero descubrió con desaliento que él permanecía constante en sus afectos o, al menos, en sus intenciones. Agotada por las experiencias re-

cientes, Carol reanudó una relación insincera y tediosa, hasta que recuperó fuerzas y aprovechó la primera ocasión que le salió al paso para deshacerse de aquel vínculo forzado.

Aquella mezcla de andanzas, romances y psicología aplicada no convencía a Anamari ni mitigaba su enfado. Si en algún momento había puesto sus esperanzas laborales en la amistad y el apoyo de Baltasar Ortiguella, mi desafortunada intervención no solo las había disipado irremediablemente, sino que su propia respetabilidad se había visto salpicada por la fama de sinvergüenza que me acompañaba y que las malas lenguas hacían extensiva a toda mi familia.

De Baltasar Ortiguella, enojado o no, no habíamos vuelto a tener noticias.

PREGUNTA. —*Tú has vivido varios años en Nueva York, ¿verdad? ¿Qué piensas del imperialismo americano?*

RESPUESTA. —*Sí, he vivido en Nueva York el tiempo suficiente para no hacer juicios simplistas sobre los Estados Unidos. No apruebo ciertas formas de intervencionismo, pero esa es solo una faceta de un país muy complejo y muy diverso, por el que siento el máximo respeto.*

Sabía que aquella respuesta iba ser recibida con animosidad y con la sospecha de seguir instrucciones de la CIA. Peor habría sido decir que, sin seguir instrucciones de nadie, sentía no solo respeto, sino admiración por el llamado imperialismo americano, si por imperialismo entendíamos la capacidad de aprovechar tanto las ventajas como las desventajas de su condición de gran potencia.

Las intervenciones militares de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial no le habían servido para ensanchar su territorio ni para adquirir colonias. De hecho, la mayoría de ellas habían sido costosas y en definitiva habían resultado un fiasco, como Corea y, sobre todo, Vietnam. Lo que a mí me admiraba era precisamente la ca-

pacidad de extraer nuevas energías de aquellos fracasos. Del estúpido despilfarro de vidas, la destrucción y el dolor de la guerra de Vietnam había surgido la contracultura y habían recibido un impulso decisivo la lucha por los derechos civiles y la igualdad racial y el movimiento feminista. Gracias a aquella versatilidad y, sobre todo, a su sentido del humor, la cultura popular americana, incluidas sus manifestaciones más chabacanas, se había impuesto en todas partes, entre los pazguatos y los ignorantes y también entre sus enemigos más acérrimos y refinados.

En el otro extremo estaba la Unión Soviética, hosca, senil, abotargada, abandonada incluso por sus más devotos partidarios, reducida al silencio interno por una máquina de propaganda vieja, tosca, condenada a fomentar la incredulidad y alimentar rumores; un sistema obsoleto y vacío de contenido, sumido en una incompetencia generalizada que le hacía parecer peor de lo que realmente era.

Europa se encontraba, sin saber muy bien cómo, entre aquellos dos campos gravitatorios, desconcertada, pero decidida a construir una unión política y económica sobre la base de una prosperidad material que maquillaba la desolación moral de los horrores recientes y un prestigio cultural sustentado en el desdén y la pedantería. No obstante, como España todavía no había sido admitida en la Unión Europea, esta institución todavía encarnaba unos ideales de democracia y libertad que a mí me parecían excelentes, pero abstractos. En las discusiones con mis amigos, siempre conseguía irritarlos.

—Si estabas tan a gusto en América, ¿por qué coño no te vuelves?

—No lo sé. Tampoco allí me sentía bien. Seguramente no estoy bien en ningún sitio. Pero no quiero hacer de una desazón enfermiza y estúpida un sistema filosófico. Yo solo digo que no soporto el cine francés. No creeréis que la CIA me paga para decir eso.

—Vete a saber. A esos tíos les sobra la pasta.

En aquel mundo confuso, España, como de costumbre, viajaba en otro tren, a otra velocidad y por otra vía. Después de un breve periodo de incertidumbre, la democracia parecía establecida de un modo irreversible y la entrada en la Unión Europea ya solo era cuestión de trámites. A pesar de la desilusión de una parte de la ciudadanía con el nuevo sistema político, que cumplía los requisitos pero no colmaba las expectativas, el entusiasmo generado por unas libertades largamente esperadas no había menguado y sus manifestaciones, con frecuencia excesivas, ruidosas y vulgares, pero sinceras, se dejaban notar en todas partes y en todas las facetas de la vida pública y privada. Después de muchos años de copiar la cultura popular proveniente del extranjero, ahora se inventaban o se redescubrían lenguajes propios surgidos de reservas ignoradas y aparentemente inagotables. La copla, las fiestas populares y las devociones locales eran celebradas por quienes poco antes renegaban de aquellos vestigios de una España rancia, obtusa y subdesarrollada. En el terreno ideológico, sin embargo, la adaptación a la nueva realidad era más complicada. En nuestra época de formación habíamos rechazado los descabellados planteamientos económicos y sociales del antiguo régimen, y a falta de otros puntos de referencia, muchos habíamos ido a beber de las fuentes del marxismo, cuando no de utopías más extremas, y ahora nos veíamos forzados a aceptar e incluso a defender la propiedad privada, las leyes del libre mercado y, en última instancia, un modelo que no difería demasiado del que poco antes deseábamos eliminar. Economistas formados en la escuela de Keynes, cuando no en la de Milton Friedman, nos convencieron de que la supervivencia requería renunciar a muchas fantasías y de que, en definitiva, lo mejor era enemigo de lo bueno.

PREGUNTA. — *¿Qué opinas del matrimonio como institución?*

RESPUESTA. —*No soy sociólogo. No tengo una opinión formada sobre este tipo de instituciones. Sí soy, en cambio, profundamente individualista: lo que para unos puede estar bien, para otros puede estar mal. Cada cual puede organizar su vida como le dé la gana, siempre que no perjudique a los demás. No se puede obligar a nadie a pasar por la vicaría, pero tampoco se le puede impedir que lo haga a quien quiera hacerlo, por los motivos que sean.*

Al final acabé irritándome con aquellos majaderos que hacían la revolución cultural en el patio del colegio, pero la pregunta, como las anteriores, era pertinente y certera y, a diferencia de las anteriores, yo no habría sabido responderla honradamente, al menos con respecto a mis sentimientos y al paso que me disponía a dar. No hacía mucho todavía suspiraba por el recuerdo de un romance exótico y fugaz que el destino me había arrebatado bruscamente y sin remedio, y ahora mi única preocupación era determinar si la corbata del chaqué debía ser azul claro o gris perla.

Exageraría si dijera que me limitaba a dejarme llevar por el curso de los acontecimientos. Al regresar por voluntad propia a Barcelona yo daba por cierto que no solo me disponía a cambiar el escenario de mis andanzas, sino también el sentido de mi vida. Del mismo modo que volvía a un país distinto de aquel del que había salido años atrás, firmemente resuelto a renunciar a fantasiosas ensoñaciones para consagrarse a la ardua construcción de una sociedad pragmática y moderna, yo volvía convencido de haber dejado atrás una etapa de devaneos y evasiones para embarcarme en una relación matrimonial en la que no estaban ausentes el cariño y la atracción, pero cuyos objetivos iban más allá del momento presente y cuyo centro de gravedad no era yo mismo. Pese a mis naturales temores y reservas, agradecía a la suerte que hubiese marcado un rumbo nuevo a mi existencia y a Carol que, con una mezcla de irreflexión y valentía, hubiese sido el instrumento adecuado para imponerme aquel cambio. Carol actuaba con frivolidad en su mun-

do habitual, pero acometía sin vacilar las acciones que consideraba importantes. Yo la admiraba y le agradecía que me hubiera elegido para realizar juntos un proyecto para el que a mí me habría faltado valor; y también le agradecía que le saliera el dinero por las orejas.

Ahora, en el probador de la sastrería más cara de Barcelona, el juego de espejos me devolvía por triplicado la imagen de un hombre que había dejado atrás la juventud y se adentraba con aire dubitativo en la madurez, alto, delgado, con el pelo ralo en la nuca, orejas grandes y cara de bobo.

—¿Todavía le molesta la sisa, señor Batalla?

La sugerencia de que, si era imperativo que me casara de chaqué, bien podía alquilar uno, había sido celebrada como una broma. Ahora me sometía con mansedumbre a la última prueba. Hube de hacer un esfuerzo para recordar que lo absurdo de la circunstancia no le restaba significación y que no debía confundir aquella situación con otras igualmente disparatadas de mi vida anterior. Había dado la vuelta al mundo para acabar en el probador de una sastrería de caballero situada en el centro de la ciudad de donde había salido huyendo, pero aquello solo significaba que después de dar muchos bandazos había llegado a un punto fijo, sin escapatoria ni vuelta atrás, donde debía echar raíces.

—Está bien. Déjelo como está. Al fin y al cabo, solo voy a llevar el chaqué unas horas.

El rostro del sastre se demudó al oír aquel comentario desconsiderado.

—¡Aunque lo lleve cinco minutos! Un traje a medida siempre es un traje a medida. Ay, señor Batalla, aproveche ahora, que todavía quedamos sastres de la vieja escuela. Los oficios se están perdiendo, y cuando se jubile o se muera el último sastre, ya nada ni nadie podrá recuperar la comodidad y la elegancia.

*He considered himself well connected, well educated and intelligent. Who doesn't?*

Como parte del temible programa de actividades previas a nuestra boda, Carol organizó una reunión en su casa para que nuestras respectivas familias se conocieran. Deberíamos haberlo hecho antes, pero todo se había producido de un modo tan precipitado que aquel trámite sencillo e inexcusable quedó postergado hasta pocos días antes de la ceremonia. A mí el encuentro me inspiraba terror: Anamari estaba de uñas y mi madre era presa del pánico.

—No sé cómo vestirme. No estoy preparada para una ocasión como esta.

—No le des tanta importancia, mamá. Cualquier cosa quedará bien. Solo quieren conocerte.

—Me juzgarán.

—Y tú a ellos.

—No es lo mismo.

Aunque ella también reconocía lo ineludible del encuentro, su aprensión y su resistencia estaban plenamente justificadas. Sin compartir la malevolencia de Anamari, mi madre sentía una instintiva prevención hacia Carol. Supongo que la consideraba una niña rica que se había encaprichado conmigo y me había atrapado con la más antigua de las añagazas. Solo cabía atribuir a ceguera de madre la idea de que yo pudiera ser una presa codiciada para una mujer joven, guapa y rica, pero su temor a que todo aquel enredo tuviera como resultado mi desdicha era comprensible y bien fundado, aunque ella no lo supiera expresar o prefiriera hacerlo de un modo indirecto.

—Es mona, pero tiene una sonrisa como de película americana.

—¿Eso significa falsa?

—¡Ay, hijo, y yo qué sé!

En medio de aquel panorama cargado de malos presagios asomó un rayo de esperanza. Tan pronto como Carol